



co desaparecer así que se muestra en el cielo.

Yo he expuesto los profetas a los tormentos y a la muerte para anunciar las palabras de mi boca, y para que hicieran brillar vuestra inocencia como la luz: porque gusto más de la obediencia que de los sacrificios y de las riquezas.

«Señor, Señor, yo recuerdo vuestros antiguos prodigios, y el temor se apodera de mí».

«Señor, Señor, yo sé que aparecéis sobre las nubes, cuando se hayan cumplido los tiempos, entre dos querubines, y os haréis entonces concur».

«Dios aparecerá del lado del Líbano, y el Santísimo vendrá en una montaña cubierta de espesa arboleda. Su gloria oscurecerá el brillo de los cielos y la tierra resonará con sus alabanzas».

Después de estas profecías contaban tres sacerdotes la Pasión de Nuestro Señor.

Este canto es un diálogo de grande antigüedad: los judíos, Pilatos, Herodes, los apóstoles y Jesús mismo hablan en él y responden a su turno. Y cuando se leen estas palabras, se inclina el capite redit spiritum, que se dicen recitadas, cesan los cantos a no se oye en el silencio que reina sino el movimiento de las que se posternan para besar la tierra que el Salvador humedeció con su sangre.

Concluida la pasión, arrojándose y estendiéndose los brazos al otro lado de la cruz, el sacerdote en el altar por toda la tierra, por la santa iglesia, por el Papa, por los obispos, presbíteros, diáconos y subdiáconos, por los catecúmenos, por todas las necesidades, por los herejes y cismáticos, por los judíos, por los paganos y por los idolátricos.

Entre cada oración de estas diez el oficiante: flectamus genua, y el coro responde: Levate. Pero en la oración por los judíos que dieron muerte al Hijo de Dios no debía el sacerdote la rodilla, y se demuestra allí un horror señalado contra el pueblo decaído.

Entre tanto grandes y pequeños, poderosos y débiles, felices y desgraciados, ricos y pobres todos van a adorar la cruz. El sacerdote en el altar, descubriendo al pueblo uno de los brazos del árbol de la vida, exclama: Ecce lignum crucis, y el coro responde: In quo salus mundi perit.

Adelantándose el sacerdote del lado derecho del altar, y desmenuando el otro brazo de la cruz, dice: Ecce lignum crucis, y de nuevo los coristas repiten: In quo salus mundi perit.

En fin, una tercera vez dice el sacerdote en medio del altar, elevando la voz: Ecce lignum crucis; y la cruz entre se descubre y muestra a la multitud cristiana el crucifijo que veía largo tiempo había envuelto en un velo, y que ahora contempla con la frente coronada de espigas, con las manos y los pies heridos de los clavos, con el costado abierto por la lanza....

Y cuando el hijo del hombre se ha mostrado así sangriento y acerdadado con los tormentos de la Pasión, el sacerdote exclama: Qui se crucifigis? Responde: Qui se crucifigis? Qui se crucifigis? Responde: Qui se crucifigis? Responde: Qui se crucifigis?

«Por que os he libertado del cautiverio, por que os he mantenido durante cuarenta años en el desierto, por que de la esterilidad os llevo a una tierra fértil: ¿Qué más he podido hacer por vos? No fuisteis la vida que planté y que guardé bajo mi protección? Y me clavasteis en una cruz; y cuando tuve sed me disteis a beber vinagre y hiel».

«Oh pueblo mío, ¿Qué os he hecho? ¿En qué os he contristado? Responde: Respondedme».

«Para salvaros de Egipto sumergi bajo las olas del mar a Faraón y sus caballerías; y vosotros me entregasteis a los príncipes de los sacerdotes».

«Os abrí un paso por entre las hondas del abismo; y vosotros me heristeis el costado con una lanza».

«Marchó delante de vosotros como una columna luminosa de nubes; y vosotros me trajisteis al pretorio de Pilatos».

«Os mantuve con el maná que bajaba del cielo; y vosotros me golpeasteis llenando de cadenas».

«Hicé salir agua de una roca para apagaros la sed; y vosotros me disteis a beber hiel y vinagre».

«Os puse en las manos el cetro del mundo; y vosotros pusisteis en mi mano una caña y sobre mi frente una corona de espigas».

«Os hice subir sobre el trono del poder; y vosotros me alzasteis a una cruz».

Agios O Theos, Agios Ischrios, Agios Athanatos. Eleison Imas Sanctus Deus, Sanctus Fortis, Sanctus Immortalis, Misereere nobis.

Se ve que no basta a la Iglesia en su profundo dolor una sola lengua para expresar sus dolores: Oh Señor, vos que sois santo, fuerte e inmortal, tened piedad de nosotros!

«Parece esta parte del oficio como un delirio, y entre estas angustias, las palabras sencillas, repetidas frecuentemente: ¡Oh! pueblo mío, ¿qué os he hecho?... Son capaces de tocar los corazones más helados».

En este instante, si hay un rey en la iglesia, puede tomar la parte de enseñanza que aquí se da a los poderosos de la tierra. Y si ha tenido de que quejarse de sus vasallos, y si su poder ha corrompido con el despotismo y la proscricción al bien que quería hacerle; si los que mantenían, visitaban y abrigaban a los pobres no tienen asilo, si los que tenían palacios carecen de una piedra para reposar la cabeza, que no se quejen tan amargamente y que pongan sus altos dolores a los pies divinos del adorado Jesús de Nazaret, Hijo del eterno Jehová, Dios de los imperios, Dios de los ejércitos.

Los himnos y los versículos dolorosos de la Pasión se salmodian, alternativamente, mientras que el crucifijo descubierta está expuesto sobre un paño de terciopelo negro, como un rey muerto sobre una cama funeral.

Para venir a besar los pies y las manos tras pasados de clavos y el costado entrebuido del Salvador, los más altos en poder y dignidad, reyes, arzobispos, obispos y príncipes quitan su calzado y adoran con los pies descalzos. La multitud los sigue y viene con ellos, porque murió por todos; y el monarca que tiende la mano a la puerta del templo tiene tanta parte en la sangre del Redentor como el monarca y el pontífice.

La víspera, cuando se llevó la hostia del altar al monumento, se desplegaron todas las pompas del santuario: las capas rojas bordadas de oro, las albas de randa, las dalmáticas orientales, la cruz y candeleros de plata dorada, el incenso mas puro de la Arabia, los graves sonidos de los órganos, los decedidos al Pange lingua; empero, el Viernes Santo, se llevan triste y silenciosamente las santas especies al santuario, para que las consuma el sacerdote, sin órgano y sin magnificencia. Después de la comunión se termina el oficio; y si la multitud permanece en la Iglesia, es porque el pueblo quiere besar la cruz y durante toda la jornada de muerte, ancianos y jóvenes, niños y niñas se suceden en esta adoración.

Cerca del crucifijo se halla un pedestal sobre el cual se pone el relicio y el pobre deposita su limosna, porque no se ha de olvidar en el día de dolor a los infelices necesitados.

Desde las siete de la mañana, antes que los artesanos vayan a su trabajo diario, se predica la Pasión de Nuestro Señor; y a las tres de la tarde, hora en que Jesús murió, se predica de nuevo: en toda la ciudad quieren los cristianos ser conmovidos con la relación de los dolores de Dios.

Oh aquí ya dos mil años que se predica a los fieles la Pasión de Nuestro Señor, y el sacerdote cristiano no tiene necesidad sino de fe y amor para hacer correr abundantes lágrimas: hay fuentes que jamás se agotan, y relaciones que no necesitan de arte ni elocuencia, de esmero ni ornamentos humanos.

Siempre tendrá presente la relación de un misionero peregrino que volvía de Jerusalén (1). Lleno de recuerdos de la santa ciudad refería las estaciones de la vía dolorosa, y su palabra simple y fogosa, fuerte y píntoresca hacia casi ver el dolor, las lágrimas y la sangre con que fue regado el camino del Gólgota. Al oír se habían por el cielo, pasando los mares con el sacerdote de los viejos callejones cruzados; crease uno ora en el jardín de

los Olivos, ora en el palacio de Caifás, ya en el pretorio de Pilatos, y con el peregrino lo era un también atravesando todas las estaciones: con el subía uno la penosa montaña del Calvario, con el se estremecía, se arrebujaba, creía y esperaba.

Terminase el día del Viernes Santo con el canto del Stabat Mater: este himno de maternal dolor que las mujeres repiten llorando, por que conciben mejor que nosotros las angustias de la madre sentada al pie de la cruz.

Por mover las almas no había necesidad que el Pange lingua compusiera su inmortel obra: el simple canto de la Iglesia, a mi opinión, sobrecarga de tristor y llena de resignación.

Esta relación de los dolores de María puede privarse del adorno, del arte y de las pompas de las grandes iglesias. En las aldeas; ante el altar de luto, las mujeres y madres alternando las catrofas con el sacerdotio y los acólitos son bastante a conmover el alma y hacer llorar los ojos.

Que los que me leen no crean que quiero yo quitar a estos ruegos las alas que la buena música puede presenciarles. ¡Oh! no. Yo me regocijo cuando las artes vienen a santificarse cerca de los altares que la verdadera misión de las bellas artes es glorificar a Dios; mas quisiera que al entrar en la iglesia dejasen su aire mundano y que nunca trajeran al santuario pensamientos y recuerdos profanos. Que la música que alaba al Señor sea virgen, y que los que la escuchan no digan: la hemos oído en otra parte.

Para terminar lo que he dicho sobre el Viernes Santo tomare de uno de mis jóvenes exágonos (2) las reflexiones hechas sobre los mismos lugares en que Jesús sufrió, escritas el día de la muerte del Salvador. Estas reflexiones tienen un doble atractivo, el del talento y el que las tomadas con el aspecto, imponente del seculero que será el único que nada tendrá que dar el gran día de la Resurrección.

LA CRUZ

«Crucifixo! decían los judíos señalando con el dedo los brazos del otro lado de la cruz, dice: Ecce lignum crucis, y de nuevo los coristas repiten: In quo salus mundi perit».

En fin, una tercera vez dice el sacerdote en medio del altar, elevando la voz: Ecce lignum crucis; y la cruz entre se descubre y muestra a la multitud cristiana el crucifijo que veía largo tiempo había envuelto en un velo, y que ahora contempla con la frente coronada de espigas, con las manos y los pies heridos de los clavos, con el costado abierto por la lanza....

Y cuando el hijo del hombre se ha mostrado así sangriento y acerdadado con los tormentos de la Pasión, el sacerdote exclama: Qui se crucifigis? Responde: Qui se crucifigis? Qui se crucifigis? Responde: Qui se crucifigis? Responde: Qui se crucifigis?

«Por que os he libertado del cautiverio, por que os he mantenido durante cuarenta años en el desierto, por que de la esterilidad os llevo a una tierra fértil: ¿Qué más he podido hacer por vos? No fuisteis la vida que planté y que guardé bajo mi protección? Y me clavasteis en una cruz; y cuando tuve sed me disteis a beber vinagre y hiel».

«Oh pueblo mío, ¿Qué os he hecho? ¿En qué os he contristado? Responde: Respondedme».

«Para salvaros de Egipto sumergi bajo las olas del mar a Faraón y sus caballerías; y vosotros me entregasteis a los príncipes de los sacerdotes».

«Os abrí un paso por entre las hondas del abismo; y vosotros me heristeis el costado con una lanza».

«Marchó delante de vosotros como una columna luminosa de nubes; y vosotros me trajisteis al pretorio de Pilatos».

«Os mantuve con el maná que bajaba del cielo; y vosotros me golpeasteis llenando de cadenas».

«Hicé salir agua de una roca para apagaros la sed; y vosotros me disteis a beber hiel y vinagre».

«Os puse en las manos el cetro del mundo; y vosotros pusisteis en mi mano una caña y sobre mi frente una corona de espigas».

«Os hice subir sobre el trono del poder; y vosotros me alzasteis a una cruz».

Agios O Theos, Agios Ischrios, Agios Athanatos. Eleison Imas Sanctus Deus, Sanctus Fortis, Sanctus Immortalis, Misereere nobis.

Se ve que no basta a la Iglesia en su profundo dolor una sola lengua para expresar sus dolores: Oh Señor, vos que sois santo, fuerte e inmortal, tened piedad de nosotros!

«Parece esta parte del oficio como un delirio, y entre estas angustias, las palabras sencillas, repetidas frecuentemente: ¡Oh! pueblo mío, ¿qué os he hecho?... Son capaces de tocar los corazones más helados».

En este instante, si hay un rey en la iglesia, puede tomar la parte de enseñanza que aquí se da a los poderosos de la tierra. Y si ha tenido de que quejarse de sus vasallos, y si su poder ha corrompido con el despotismo y la proscricción al bien que quería hacerle; si los que mantenían, visitaban y abrigaban a los pobres no tienen asilo, si los que tenían palacios carecen de una piedra para reposar la cabeza, que no se quejen tan amargamente y que pongan sus altos dolores a los pies divinos del adorado Jesús de Nazaret, Hijo del eterno Jehová, Dios de los imperios, Dios de los ejércitos.

Los himnos y los versículos dolorosos de la Pasión se salmodian, alternativamente, mientras que el crucifijo descubierta está expuesto sobre un paño de terciopelo negro, como un rey muerto sobre una cama funeral.

Para venir a besar los pies y las manos tras pasados de clavos y el costado entrebuido del Salvador, los más altos en poder y dignidad, reyes, arzobispos, obispos y príncipes quitan su calzado y adoran con los pies descalzos. La multitud los sigue y viene con ellos, porque murió por todos; y el monarca que tiende la mano a la puerta del templo tiene tanta parte en la sangre del Redentor como el monarca y el pontífice.

La víspera, cuando se llevó la hostia del altar al monumento, se desplegaron todas las pompas del santuario: las capas rojas bordadas de oro, las albas de randa, las dalmáticas orientales, la cruz y candeleros de plata dorada, el incenso mas puro de la Arabia, los graves sonidos de los órganos, los decedidos al Pange lingua; empero, el Viernes Santo, se llevan triste y silenciosamente las santas especies al santuario, para que las consuma el sacerdote, sin órgano y sin magnificencia. Después de la comunión se termina el oficio; y si la multitud permanece en la Iglesia, es porque el pueblo quiere besar la cruz y durante toda la jornada de muerte, ancianos y jóvenes, niños y niñas se suceden en esta adoración.

Cerca del crucifijo se halla un pedestal sobre el cual se pone el relicio y el pobre deposita su limosna, porque no se ha de olvidar en el día de dolor a los infelices necesitados.

Desde las siete de la mañana, antes que los artesanos vayan a su trabajo diario, se predica la Pasión de Nuestro Señor; y a las tres de la tarde, hora en que Jesús murió, se predica de nuevo: en toda la ciudad quieren los cristianos ser conmovidos con la relación de los dolores de Dios.

Oh aquí ya dos mil años que se predica a los fieles la Pasión de Nuestro Señor, y el sacerdote cristiano no tiene necesidad sino de fe y amor para hacer correr abundantes lágrimas: hay fuentes que jamás se agotan, y relaciones que no necesitan de arte ni elocuencia, de esmero ni ornamentos humanos.

Siempre tendrá presente la relación de un misionero peregrino que volvía de Jerusalén (1). Lleno de recuerdos de la santa ciudad refería las estaciones de la vía dolorosa, y su palabra simple y fogosa, fuerte y píntoresca hacia casi ver el dolor, las lágrimas y la sangre con que fue regado el camino del Gólgota. Al oír se habían por el cielo, pasando los mares con el sacerdote de los viejos callejones cruzados; crease uno ora en el jardín de

«Salve egregio símbolo del cristianismo, emblema de todas las virtudes, enseña de la gloria, del patriotismo, heroico estandarte a la sombra del cual pelean nuestros antepasados».

«Salve cruz augusta que enseñaste a pelear a las infantes, a amar a nuestros semejantes, a considerarnos como hermanos, a honrar a nuestros padres, a respetar a los ancianos, a los débiles y a socorrer a los desvalidos».

«Salve símbolo puro y humano de nuestra regeneración, que nos inspira el respeto a las leyes, las exigencias en las angustias de la existencia, la conformidad en los reveses de la suerte, que nos presta consuelo en el infortunio y seca el llanto del dolor».

A LA MUERTE DE JESUS

«Excelso Dios, ordenador divino, a cuya voz rotan las columnas eternas! El ángel puro, el querubín ardiente Mi pecho inflama, y cantas tu gloria, y escuchéme aturridos los mortales. Mas no te canto yo, cuando irritado Lanzaste en el mar feroz Del Ejecio el caballo y caballero: Ni cuando allí en el Sina, Vestido de esplendor y de grandezza, Distas legislador la ley divina, Y de tu rayo el rayoró trueno Israel escuchó de espanto lleno».

«Mas ¡ah! que sobre el Gólgota sagrado, Pendiente del suplicio, El Dios terrible, el Dios de la venganza, Por mi se ofrece al fiero sacrificio. Y con su sangre derramada sella Del Eterno y del hombre la alianza. ¡Fleada, piedada al irritado Padre, Tú dices de continuo, y te esperanza! Sangre preciosa de mi bien divino. Desde la santa cumbre Del Calvario en la ara dolorida Rompes la vergonzosa servidumbre; Con que falaz el infernal tirano Cerró el excelso Olimpo al triste humano».

«Pero, mi dulce Dios, Dios de mis padres ¿Quién tu sangre preciosa Fud osado a derramar? ¿Qué brazo impio Te aguiata frente, o el poder se anida? ¿Quién, cediendo, ultrajó al Salvador mío? ¡Hijos de Adán mirad sus pies clavados; Mirad descolorido El cuerpo santo y de sudor teñido; Ved cuajado el cabello Con la sangre; y de polvo y de salivas, Y amarillado cubierto el rostro bello; Y apagados los ojos soberanos, Donde el Padre se mira, ¡ved, humanos!».

«Y por quien tanto afán? ¿La criatura Al Hijo idolatrado Hace dardo del Padre el blanco seno? ¿Quien límites prescribe al mar azulado? ¿Por mi salud y por mi bien se mira De sangre, y polvo, y de amargura lleno? Y quien es la delicia de los gustos, ¿En el ara sangrienta De un malvado la imagen representa? Y como el pueblo aleva Ultraja codo al Dios de las bondades A quien tales actos beneficos debe A quien fud su salud y su esperanza? ¡Ay! el día vendrá de la venganza».

«Tiempo vendrá, que envuelta en triste luto Llores, Sion impia, Tu execrable malicia... ¿No ves, cuitada, Cual se adelanta el pavoroso día? ¡Ay! temblad sobre ti bella omnia Del romano feroz la ardiente espada. El hijo del triunfante Capitolio Temblando de coraje. Lavará con su sangre el hecho ultraje. En vano tristes en vano Lloraréis a tu Dios. Ya no es Dios tuyo... Defendátele si puedes, del romano, Y llora, llora en tan horrenda suerte De tu inepta juventud la muerte».

«Mas ¿ay de mí! ¿Qué veo? El hijo amado Los ojos alza tierra A la morada celestial... suspira... Y, piedada demandando Padre Eterno De Adam para la triste decendencia, Inclina la cabeza jóh! y espira. Súbito tembló estremecido el mundo... Rompe el templo su velo... De sanguinolento cor se viste el cielo... Por sí, el sepulcro fior Restituye su presa... Dios, llora La muerte de tu Dios, ¡oh Cielo! joy tierra! Ha muerto el Dios de los reyes. Mas ¡ay! la vida Me da su sangre, por mi bien vertida».

«Ya están rotos del hombre las cadenas; Ya la oprimida frente El mortal alzaré. ¿Con que fud en vano Que a nuestros padres la feroz serpiente Envolviera en ruma lamentable, Fatal herencia del linaje humano? En vano, sí; y en vano el rey vencido Armara sus legiones En contra los humanos corazones. ¿Dó está la tiranía Y el poder de Satán? Huella su frente La planta vencedora de María; Y, al tremolar de Cristo el estandarte, Caen las aras de Citeria y Mate».

«Y en tanto el coro Celestial ensalza Al padre omnipotente La manión aterrando del espanto. Las vírgenes, moviendo blandemente Las blancas palmas con amable acento, Saludan al Señor tres veces santo. ¡Cantemos al gran Dios! ¡Gloria a tu nombre! Tu Cristo ha redimido Al mortal del tributo aborrecido. ¡Júbilo, salvación tristes mortales! Ya, cerrando las puertas del abismo, Abre Cristo las puertas celestiales. Así dicen; el Padre del consuelo Acepta el canto, y se estremece el Cielo».

«Encuéntrese la cruz en todos los signos misteriosos de los pueblos; las manos cruzadas sobre el pecho, el índice sobre el pulgar, o los brazos extendidos como la estatua de la Piedad, en la capital del orbe católico; considerase tal vez siempre, con el mas perfecta expresión para adorar a Dios».

«Desde el tristemente celebre pretorio de Jerusalén, cantos fúnebres sentencias se han pronunciado ¡cuantos energéticos sacrificios se impusieron!».

«Las arenas de Roma, se empujaron con la sangre de aquellos que morían adorando la cruz, y esa consoladora y santa enseña, es la fiel representación del justo, que no vacila ni ante los ultrajes, ni temeroso de las humillaciones y la muerte».

«Al recorrer la estéril Judá, ántes tan fértil y rauda, que se ha visto la desierta, el corazón mas alto siente una impresión desconocida: ese pueblo que crucifijo a Jesús y le vió morir decediendo; si eres hijo de Dios baja de la cruz, si eres hijo de Dios sálvate! ese pueblo errante y sin prestigio alguno, expla su crimen!».

«Perdonados Señor, que no saben lo que hacen, dijo el humilde y resignado Mártir, contemplando con infinita ternura a la multitud, que le insultaba en la cruz, y gozaba con los tormentos, grandiosos frascos que demostraban la misericordia y el amor a sus semejantes, amor que hasta la cruz le había conducido».

«¡Felices los hombres, si predicaran los santos y grandiosos preceptos del Evangelio! ¿Acaso no son los mas bellos, los mas generosos y hasta los mas liberales?».

«El drama del Calvario, el sacrificio del Gólgota, no podía ser exteri, la abnegación del Hombre-Dios, al lavar los pecados de la humanidad, iluminó al universo con tan brillantes resplandores, que a través de los siglos, han sido y serán el faro que guía en las deshechas tormentas de la vida, el puerto a donde peregrinan en las amarguras, el oasis para el peregrino que busca alivio y tranquilidad».

«¡Salve fuente de las mas nobles aspiraciones, de la fraternidad, del valor, del heroísmo!».

«El alma de la cruz, Dios de mis padres ¿Quién tu sangre preciosa Fud osado a derramar? ¿Qué brazo impio Te aguiata frente, o el poder se anida? ¿Quién, cediendo, ultrajó al Salvador mío? ¡Hijos de Adán mirad sus pies clavados; Mirad descolorido El cuerpo santo y de sudor teñido; Ved cuajado el cabello Con la sangre; y de polvo y de salivas, Y amarillado cubierto el rostro bello; Y apagados los ojos soberanos, Donde el Padre se mira, ¡ved, humanos!».

«Y por quien tanto afán? ¿La criatura Al Hijo idolatrado Hace dardo del Padre el blanco seno? ¿Quien límites prescribe al mar azulado? ¿Por mi salud y por mi bien se mira De sangre, y polvo, y de amargura lleno? Y quien es la delicia de los gustos, ¿En el ara sangrienta De un malvado la imagen representa? Y como el pueblo aleva Ultraja codo al Dios de las bondades A quien tales actos beneficos debe A quien fud su salud y su esperanza? ¡Ay! el día vendrá de la venganza».

«Tiempo vendrá, que envuelta en triste luto Llores, Sion impia, Tu execrable malicia... ¿No ves, cuitada, Cual se adelanta el pavoroso día? ¡Ay! temblad sobre ti bella omnia Del romano feroz la ardiente espada. El hijo del triunfante Capitolio Temblando de coraje. Lavará con su sangre el hecho ultraje. En vano tristes en vano Lloraréis a tu Dios. Ya no es Dios tuyo... Defendátele si puedes, del romano, Y llora, llora en tan horrenda suerte De tu inepta juventud la muerte».

«Mas ¿ay de mí! ¿Qué veo? El hijo amado Los ojos alza tierra A la morada celestial... suspira... Y, piedada demandando Padre Eterno De Adam para la triste decendencia, Inclina la cabeza jóh! y espira. Súbito tembló estremecido el mundo... Rompe el templo su velo... De sanguinolento cor se viste el cielo... Por sí, el sepulcro fior Restituye su presa... Dios, llora La muerte de tu Dios, ¡oh Cielo! joy tierra! Ha muerto el Dios de los reyes. Mas ¡ay! la vida Me da su sangre, por mi bien vertida».

«Ya están rotos del hombre las cadenas; Ya la oprimida frente El mortal alzaré. ¿Con que fud en vano Que a nuestros padres la feroz serpiente Envolviera en ruma lamentable, Fatal herencia del linaje humano? En vano, sí; y en vano el rey vencido Armara sus legiones En contra los humanos corazones. ¿Dó está la tiranía Y el poder de Satán? Huella su frente La planta vencedora de María; Y, al tremolar de Cristo el estandarte, Caen las aras de Citeria y Mate».

«Y en tanto el coro Celestial ensalza Al padre omnipotente La manión aterrando del espanto. Las vírgenes, moviendo blandemente Las blancas palmas con amable acento, Saludan al Señor tres veces santo. ¡Cantemos al gran Dios! ¡Gloria a tu nombre! Tu Cristo ha redimido Al mortal del tributo aborrecido. ¡Júbilo, salvación tristes mortales! Ya, cerrando las puertas del abismo, Abre Cristo las puertas celestiales. Así dicen; el Padre del consuelo Acepta el canto, y se estremece el Cielo».

«Encuéntrese la cruz en todos los signos misteriosos de los pueblos; las manos cruzadas sobre el pecho, el índice sobre el pulgar, o los brazos extendidos como la estatua de la Piedad, en la capital del orbe católico; considerase tal vez siempre, con el mas perfecta expresión para adorar a Dios».

«Desde el tristemente celebre pretorio de Jerusalén, cantos fúnebres sentencias se han pronunciado ¡cuantos energéticos sacrificios se impusieron!».

«Las arenas de Roma, se empujaron con la sangre de aquellos que morían adorando la cruz, y esa consoladora y santa enseña, es la fiel representación del justo, que no vacila ni ante los ultrajes, ni temeroso de las humillaciones y la muerte».

«Al recorrer la estéril Judá, ántes tan fértil y rauda, que se ha visto la desierta, el corazón mas alto siente una impresión desconocida: ese pueblo que crucifijo a Jesús y le vió morir decediendo; si eres hijo de Dios baja de la cruz, si eres hijo de Dios sálvate! ese pueblo errante y sin prestigio alguno, expla su crimen!».

«Perdonados Señor, que no saben lo que hacen, dijo el humilde y resignado Mártir, contemplando con infinita ternura a la multitud, que le insultaba en la cruz, y gozaba con los tormentos, grandiosos frascos que demostraban la misericordia y el amor a sus semejantes, amor que hasta la cruz le había conducido».

«¡Felices los hombres, si predicaran los santos y grandiosos preceptos del Evangelio! ¿Acaso no son los mas bellos, los mas generosos y hasta los mas liberales?».

«El drama del Calvario, el sacrificio del Gólgota, no podía ser exteri, la abnegación del Hombre-Dios, al lavar los pecados de la humanidad, iluminó al universo con tan brillantes resplandores, que a través de los siglos, han sido y serán el faro que guía en las deshechas tormentas de la vida, el puerto a donde peregrinan en las amarguras, el oasis para el peregrino que busca alivio y tranquilidad».

«¡Salve fuente de las mas nobles aspiraciones, de la fraternidad, del valor, del heroísmo!».

«El alma de la cruz, Dios de mis padres ¿Quién tu sangre preciosa Fud osado a derramar? ¿Qué brazo impio Te aguiata frente, o el poder se anida? ¿Quién, cediendo, ultrajó al Salvador mío? ¡Hijos de Adán mirad sus pies clavados; Mirad descolorido El cuerpo santo y de sudor teñido; Ved cuajado el cabello Con la sangre; y de polvo y de salivas, Y amarillado cubierto el rostro bello; Y apagados los ojos soberanos, Donde el Padre se mira, ¡ved, humanos!».

«Y por quien tanto afán? ¿La criatura Al Hijo idolatrado Hace dardo del Padre el blanco seno? ¿Quien límites prescribe al mar azulado? ¿Por mi salud y por mi bien se mira De sangre, y polvo, y de amargura lleno? Y quien es la delicia de los gustos, ¿En el ara sangrienta De un malvado la imagen representa? Y como el pueblo aleva Ultraja codo al Dios de las bondades A quien tales actos beneficos debe A quien fud su salud y su esperanza? ¡Ay! el día vendrá de la venganza».

«Tiempo vendrá, que envuelta en triste luto Llores, Sion impia, Tu execrable malicia... ¿No ves, cuitada, Cual se adelanta el pavoroso día? ¡Ay! temblad sobre ti bella omnia Del romano feroz la ardiente espada. El hijo del triunfante Capitolio Temblando de coraje. Lavará con su sangre el hecho ultraje. En vano tristes en vano Lloraréis a tu Dios. Ya no es Dios tuyo... Defendátele si puedes, del romano, Y llora, llora en tan horrenda suerte De tu inepta juventud la muerte».

«Mas ¿ay de mí! ¿Qué veo? El hijo amado Los ojos alza tierra A la morada celestial... suspira... Y, piedada demandando Padre Eterno De Adam para la triste decendencia, Inclina la cabeza jóh! y espira. Súbito tembló estremecido el mundo... Rompe el templo su velo... De sanguinolento cor se viste el cielo... Por sí, el sepulcro fior Restituye su presa... Dios, llora La muerte de tu Dios, ¡oh Cielo! joy tierra! Ha muerto el Dios de los reyes. Mas ¡ay! la vida Me da su sangre, por mi bien vertida».

«Ya están rotos del hombre las cadenas; Ya la oprimida frente El mortal alzaré. ¿Con que fud en vano Que a nuestros padres la feroz serpiente Envolviera en ruma lamentable, Fatal herencia del linaje humano? En vano, sí; y en vano el rey vencido Armara sus legiones En contra los humanos corazones. ¿Dó está la tiranía Y el poder de Satán? Huella su frente La planta vencedora de María; Y, al tremolar de Cristo el estandarte, Caen las aras de Citeria y Mate».

«Y en tanto el coro Celestial ensalza Al padre omnipotente La manión aterrando del espanto. Las vírgenes, moviendo blandemente Las blancas palmas con amable acento, Saludan al Señor tres veces santo. ¡Cantemos al gran Dios! ¡Gloria a tu nombre! Tu Cristo ha redimido Al mortal del tributo aborrecido. ¡Júbilo, salvación tristes mortales! Ya, cerrando las puertas del abismo, Abre Cristo las puertas celestiales. Así dicen; el Padre del consuelo Acepta el canto, y se estremece el Cielo».

«Encuéntrese la cruz en todos los signos misteriosos de los pueblos; las manos cruzadas sobre el pecho, el índice sobre el pulgar, o los brazos extendidos como la estatua de la Piedad, en la capital del orbe católico; considerase tal vez siempre, con el mas perfecta expresión para adorar a Dios».

«Desde el tristemente celebre pretorio de Jerusalén, cantos fúnebres sentencias se han pronunciado ¡cuantos energéticos sacrificios se impusieron!».

«Las arenas de Roma, se empujaron con la sangre de aquellos que morían adorando la cruz, y esa consoladora y santa enseña, es la fiel representación del justo, que no vacila ni ante los ultrajes, ni temeroso de las humillaciones y la muerte».

«Al recorrer la estéril Judá, ántes tan fértil y rauda, que se ha visto la desierta, el corazón mas alto siente una impresión desconocida: ese pueblo que crucifijo a Jesús y le vió morir decediendo; si eres hijo de Dios baja de la cruz, si eres hijo de Dios sálvate! ese pueblo errante y sin prestigio alguno, expla su crimen!».

«Perdonados Señor, que no saben lo que hacen, dijo el humilde y resignado Mártir, contemplando con infinita ternura a la multitud, que le insultaba en la cruz, y gozaba con los tormentos, grandiosos frascos que demostraban la misericordia y el amor a sus semejantes, amor que hasta la cruz le había conducido».

«¡Felices los hombres, si predicaran los santos y grandiosos preceptos del Evangelio!

